

ACERCA DEL HAMBRE Y LAS RESPONSABILIDADES COMPARTIDAS

Puesta y dispuesta a hacer un comentario sobre el trabajo de Susana Hintze, titulado “ESTRATEGIAS ALIMENTARIAS DE SOBREVIVENCIA” (1), me encuentro frente a varias alternativas, a saber:

* Podría intentar un comentario-crítica desde el punto de vista metodológico, pues al fin y al cabo es este uno de los aspectos del trabajo quizás más impactantes, por la rigurosidad y la minuciosidad de su tratamiento. Sin embargo, desecho de plano tal posibilidad pues, en este aspecto, soy un poco “discípula” de la autora y, por otra parte, no cuento con la formación ni la solidez teórica necesarias para acometer semejante empresa.

* Podría optar, en cambio, por apuntar al contenido del trabajo en cuestión, y comentarlo-críticarlo en base a lo que no dice, a lo que no trata, a lo que le falta, a lo que no tiene. Esta práctica, bastante generalizada, me parece en verdad harto peligrosa; en definitiva, se utiliza para introducir subrepticamente, no sin una gran cuota de vedetismo intelectual de por medio, lo que el comentarista-crítico piensa respecto al tema, olvidándose de lo que el autor efectivamente dijo. Más que una crítica, suele resultar un acto de auténtico desprecio. Mejor sería decir, directamente, que se opina distinto.

Pero basta de preámbulos, elijamos una opción. Voy a limitarme, en estas líneas, a resaltar dos problemáticas que, de una forma u otra, se desprenden del desarrollo del trabajo.

Ellas son:

- * hay hambre o no en Argentina, y
- * si lo hay, quién es el responsable de ello.

Ambas cuestiones tiene algo en común, y es la respuesta que suelen recibir de parte del “sentido común” (valga la redundancia), sintetizada de forma genial por el humorista QUINO cuando pone en boca de SUSANITA (personaje de la historieta “MAFALDA”) la siguiente sentencia: “los pobres son pobres porque quieren”. Esta afirmación, refutada por numerosísimos trabajos de investigación, estudios de campo,

ensayos, y los más diversos mecanismos de relevamiento de datos sociales, sigue sin embargo, a lo largo de los años, arraigada hasta en los lugares más insospechados de la población.

Vayamos entonces por partes: ¿hay hambre en Argentina?

Desde diversos lugares (políticos, pero también académicos y profesionales; gubernamentales, pero también no gubernamentales) se sostiene que el hambre no existe como problema en el país. Otros, ubicados en lugares de oposición, afirman que sí lo hay. Tanto unos como otros suelen fundamentar sus dichos en datos estadísticos, aislados e inconexos, tomados acriticamente, sin ponerlos en correlación con otros datos, mostrados como “objetivos”, los que finalmente vienen a confirmar lo afirmado.

Estas argumentaciones, si es que así pueden llamarse, son reproducidas luego (en calidad de información, y acriticamente en la mayoría de los casos) por los mass media, y recibidas como dato de la realidad, sin más explicaciones, por la población, incluidos aquellos que efectivamente pasan hambre. De esta forma, poco es lo que se “sabe” de la problemática y, por supuesto, rara vez si no nunca se escucha la voz de aquellos que “saben” del problema precisamente por padecerlo. Así, claro está, se realimenta el circuito del “sentido común”, y el hambre se transforma en un curioso fenómeno (meteorológico, se diría) que alternativamente aparece y desaparece de la realidad según sea o no nombrado. En última instancia, gracias a esta manipulación se logra desdibujar por completo el origen del problema, que no reside sino en la desigual distribución de recursos que se da en la sociedad.

Me pregunto: ¿basta entonces con arrimar, de un lado o de otro, datos cuantitativos aislados, supuestamente objetivos, supuestamente aptos para mensurar el hambre concebida teóricamente como un hecho empírico, concreto, palpable, aislado, que se define a sí mismo, para concluir si hay hambre o no en el país? Y me contesto: no, no basta. Se requiere, siempre, un marco teórico, un esquema dentro del cual colocarlos, donde hallen una explicación que vaya más allá de la apariencia, pues “el hecho se conquista contra la ilusión del saber inmediato” (2).

Los datos estadísticos, fuente secundaria por excelencia, pocas veces hablan por sí solos, y casi nunca dan información exacta sobre la realidad, sino sólo aproximaciones. Precisamente, esto es lo que encontramos en el trabajo de Hintze: el análisis del hambre, de la problemática alimentaria de los sectores populares, tomados como fenómeno macro-social. Concibe la autora dicha problemática como emergente de un problema mucho más amplio, de una situación caracterizada por “un amplio espectro de determinaciones, entre las que se destacan aspectos tales como salarios, empleo y precios de los alimentos, elementos que definen en muy fuerte medida la existencia o no de desnutrición entre los sectores populares” (3). Problema que a su vez encuadra en otro, más amplio: el de la reproducción social. En definitiva, la problemática alimentaria, para esta autora, “resume en un punto -los alimentos- las modalidades en que en nuestras sociedades se estructura la desigualdad social” (4).

Ahora bien, en medio de la “batalla estadística” descripta más arriba muchas veces los datos numéricos no resultan tan obedientes como algunos desearían, y terminan mostrando que hay algunos sectores, cuando menos algunas personas, que tienen hambre. Entonces, lejos de mirar hacia las mentadas desigualdades sociales buscando el origen del problema, se sale a la caza de un culpable. ¿Quién tiene la culpa del hambre? Pues quien lo padece. Este mecanismo de culpabilizar a la víctima (nada original por cierto), encuentra también amplia difusión en los mass media (hoy por hoy los reproductores por excelencia del discurso hegemónico, y legítimos progenitores de la paradigmática Doña Rosa), los que difunden una explicación que aparece como evidente: los pobres, palabra más o menos, son pobres porque quieren (SUSANITA dixit). O mejor dicho, no dejan de serlo porque no quieren; porque son vagos y no quieren trabajar; porque compran vino en vez de comida, porque mandan a trabajar a los hijos pequeños mientras ellos están tirados sin hacer nada; porque no tienen iniciativa y están acostumbrados a esperar todo del estado; porque no saben invertir. Esta letanía de argumentos, ya sea expresa o tácitamente, se halla incorporada, como lo demuestra el trabajo de Hintze a través de los datos de campo, no solamente en los profesionales y agentes relacionados de diversas formas con la problemática (médicos, asistentes sociales), sino también en los propios hambreados, lo que los lleva a responsabilizar, por ejemplo, a las propias madres de la desnutrición de sus hijos y, como consecuencia, a generar en esas mismas madres la negación del problema, aunque éste esté dentro de su núcleo familiar. “En La Cava es el discurso que pone el acento en la responsabilidad de la familia -y en particular de la madre- ya sea por malos hábitos, desinterés, falta de cuidado, el que es transmitido permanentemente a la población villera” (5).

En general, todos estos argumentos se fundan en la irracionalidad que caracteriza los procederes de los sectores populares. Habría que ver, sin embargo, a qué cosa se denomina “irracionalidad”. No puedo pasar por alto, llegado este punto, dos datos de campo relevados por Hintze -detalles, si se quiere- pero que no por pequeños dejan de tener un enorme significado:

* Las familias con más de un desnutrido son quienes reciben en mayor proporción y con mayor frecuencia personas a comer en su hogar, apoyando así a parientes aún más desvalidos (6).

* Acceder al comedor público requiere demostrar previamente la pobreza, por lo que muchos no lo intentan y otros se retiran en cuanto logran una mejoría, por pequeña que sea, de su situación.

Para el modelo liberal del *homo economicus*, quien, según se predica, debe dedicar su vida entera a maximizar beneficios y minimizar pérdidas, estas dos actitudes son, a no dudarlo, profundamente irracionales. Pero sucede que el hombre es algo más que una máquina de calcular costos ante cada situación que la vida le plantea,

y muchas veces pesan más, afortunadamente, la **solidaridad** o la **dignidad** que el beneficio inmediato. Lamentablemente, se sigue estigmatizando lo distinto como irracional.

Para terminar, dejo constancia de que, además de los reseñados, son muchos los elementos interesantes que se pueden extraer de este trabajo, pero ningún sentido tiene relevarlos aquí uno por uno. Mejor será leerlo.

Sólo una cosa resta por decir, y es que entre los muchos aportes que en este trabajo se pueden encontrar, hay uno que me interesa poner especialmente de relieve: trabaja para que cada vez haya más MAFALDAS y menos SUSANITAS.

María Josefina Martínez
Lic. en Ciencias Antropológicas

NOTAS

(1) HINTZE, Susana: "ESTRATEGIAS ALIMENTARIAS DE SOBREVIVENCIA (Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires), CEAL, Buenos Aires, 1989, BIBLIOTECA POLITICA ARGENTINA, Tomos 270 y 271.

(2) Bourdieu, Pierre y otros: "EL OFICIO DE SOCIOLOGO", Siglo XXI, México, 1986, página 27.

(3) Hintze, Susana: *ibidem*, página 8.

(4) Hintze, Susana: *ibidem*, página 177.

(5) Hintze, Susana: *ibidem*, página 59.

(6) Cfr. Hintze, Susana, *op.cit.*, página 144.